

CHINA SIN TAPUJOS

6 AÑOS EN EL GIGANTE ASIÁTICO

ALBERTO BELMONTE BALAO

ROCÍO LAORDEN RUIZ



Contenido

PRÓLOGO

DE KARAOKES, AMISTADES CHINAS Y MANDARÍN

INOCENCIA ASIÁTICA, ESTEREOTIPOS Y RACISMO

PARQUE: CÍRCULO ARTÍSTICO DE PRIMERA MAGNI-

TUD

DE MINORÍAS ÉTNICAS, CULTURAS Y TURISMO

LA INFINITA GASTRONOMÍA CHINA

EN ZONA TIBETANA: ENTERRAMIENTO CON BUITRES

UN CLIMA EXTREMO Y DURO DONDE LOS HAYA

PRACTICIDAD Y CREATIVIDAD CHINA

GAO KAO: DEL ÉXITO AL SUICIDIO

EL CONCEPTO DE AMOR EN CHINA

CENSURA, SEÑORES, CENSURA

ESCÁNDALOS A NIVEL NACIONAL

VIDAS PÉRDIDAS: CONSECUENCIAS DEL HIJO ÚNICO

CLASES SOCIALES: EL ÉXODO RURAL Y LOS NUEVOS

RICOS

TRASTORNOS MENTALES EN LA ERA MAO

MACHISMO EN CHINA

CHINA SIN TAPUJOS

Seis años en el gigante asiático

Alberto Belmonte Balao
Rocío Laorden Ruiz

Edición en formato digital: 2019

Autores:

Alberto Manuel Belmonte Balao

Rocío Laorden Ruiz

Contacto: chinasintapujos2019@gmail.com

Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación. Cualquier forma de

reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Índice

- Capítulo 1: De karaokes, amistades chinas y mandarín.
- Capítulo 2: Inocencia asiática, estereotipos y racismo.
- Capítulo 3: Parque: círculo artístico de primera magnitud.
- Capítulo 4: De minorías étnicas, culturas y turismo.
- Capítulo 5: La infinita gastronomía china.
- Capítulo 6: En zona tibetana: enterramiento con buitres.
- Capítulo 7: Un clima extremo y duro donde los haya.
- Capítulo 8: Practicidad y creatividad china.
- Capítulo 9: Gao Kao: del éxito al suicidio.
- Capítulo 10: El concepto de amor en China.
- Capítulo 11: Censura, señores, censura.
- Capítulo 12: Escándalos a nivel nacional.
- Capítulo 13: Vidas pérdidas: consecuencias del hijo único.
- Capítulo 14: Clases sociales: el éxodo rural y los nuevos ricos.
- Capítulo 15: Trastornos mentales en la era Mao.
- Capítulo 16: Machismo en China.

PRÓLOGO

Un motor de nuestra existencia ha sido siempre el deseo de vivir intensamente. Allá por abril de 2012, finalmente decidimos poner rumbo a uno de los países a priori más diferentes e ilusionantes para nosotros: China. Se produjo una total y absoluta regresión a la infancia. Nuestras caras transmitían el entusiasmo propio de edades tempranas y las dificultades que nos esperaban apenas cobraban protagonismo en nuestras mentes. Ilusos ignorantes con una felicidad inusitada, nos disponíamos a dar un paso importante en nuestras vidas que de seguro no nos iba a dejar indiferentes. Cuando la motivación es elevada, la valentía no es necesaria. Sin saber una sola palabra en mandarín excepto el manido “ni hao”, sin trabajo y sin conocer a nadie que estuviera esperando nuestra llegada, aterrizamos en el Aeropuerto Internacional de Cantón (Guangzhou) dispuestos a adaptarnos a una de las culturas más distintas con uno de los gobiernos más controvertidos del mundo.

Desde el minuto uno nuestra idea era tratar de amoldarnos a la verdadera realidad china y no pasar de puntillas tal y como muchos extranjeros hacen al llegar al gigante asiático. No queríamos residir en bellos y cómodos residenciales, salir de fiesta a discotecas rodeados de amigos occidentales, comprar jamón serrano y demás exquisiteces en tiendas gourmet o nutrirnos tan solo en costosos restaurantes donde ni los camareros son locales. No vamos a engañaros, en algunas ocasiones hacemos uso de estos lugares, pero en general hemos tratado de mantener una tendencia hacia la inmersión y el conocimiento profundo de la cultura que no ha sido ni mucho menos fácil y que ha supuesto renunciar a un alto nivel de confort y bienestar. No pretendemos juzgar a los que no han seguido este camino, pues no

es el principal objetivo de este libro, aunque en algunas ocasiones lamentamos que no ha sido posible y hemos emitido juicios sobre sus conductas, que no sobre ellos mismos. Esta experiencia que aún continúa (os escribimos desde nuestro nuevo piso en la ciudad de Wenchang de la isla china de Hainan), nos ha llevado por un fascinante viaje en todos los sentidos, en el que hemos descubierto gente excepcional, una gastronomía exquisita y variada, un idioma extraño y motivante donde los haya, etnias y culturas diferentes, así como lugares remotos e impactantes por todo el vasto territorio chino.

Lo más relevante no ha sido este inmenso descubrimiento, sino el viaje interior al que ha dado lugar y la influencia que ha ejercido en nosotros. En el mundo de los chinos vivimos completamente separados de la cultura que nos vio nacer. Hemos derribado numerosos estereotipos y confirmado otros tantos, y las reflexiones a las que hemos llegado a través de nuestras propias experiencias nos han proporcionado una visión del mundo mucho más amplia de la que teníamos previamente. Notareis en los diferentes capítulos como hemos ido analizando las situaciones que hemos ido enfrentando desde una perspectiva psicológica, no quedándonos en la mera descripción cultural y social de este hermoso país, sino además ahondando en la mente individual de los ciudadanos sinohablantes y su relación con el medio. Para profundizar en una cultura no hay otra que introducirse en la mente de los individuos que la componen.

Este libro no es en absoluto una guía de viajes para aquel que quiera visitar el gigante asiático, sino más bien un largo recorrido de adaptación a un escenario diferente y, en ocasiones hostil, que ha satisfecho nuestras ansias de curiosidad e inquietudes. También hay lugar para divertidas anécdotas que nos han ayudado a extraer conclusiones con las que, por supuesto, no esperamos que estéis de acuerdo

en su totalidad. Tocamos temas como la censura, el machismo, la creatividad, la practicidad, el ocio, la filosofía oriental, la inocencia asiática, la represión emocional, la presión social y familiar, las clases sociales, los escándalos nacionales o los conflictos entre minorías. Todo ello basado en experiencias personales reales y tratando de hacer una comparación con la sociedad occidental de la que provenimos. El modo en el que se interprete lo escrito aquí dependerá del propio bagaje personal del lector. En definitiva, para nosotros, esta vivencia chinesca ha supuesto un torbellino de estimulación continua que nos ha alejado del letargo en el que nos habíamos introducido durante los últimos años de nuestra vida en España. Ahora, cuando volvemos por vacaciones, ya llevamos las costumbres chinas cosidas al pecho, sintiéndonos extranjeros aquí y allá. Para todo aquel que se disponga a visitar o residir en esta nación, aficionado a la cultura china o interesado en conocer sobre el proceso de adaptación a una sociedad compleja y diferente, este libro va a ser de gran utilidad.

Por último, dar las gracias a todas aquellas personas que han contribuido para que este libro pueda salir a la luz.

DE KARAOKES, AMISTADES CHINAS Y MANDARÍN

“No puedes quedarte ahí sentado esperando que el nuevo mundo se adapte a ti, eres tú el que tienes que adaptarte”

Markus Zusak

Desde el principio teníamos claro que para alcanzar la adaptación total a la sociedad china era condición sine qua nom aprender el idioma y hacer amigos locales. No se trataba de forzarnos a ello ni de presionarnos a nosotros mismos, sino que, por el contrario, estábamos deseosos de comenzar, siendo este reto de aclimatación a un mundo tan divergente el que nos había traído hasta aquí. Cuando la motivación es alta de por sí, los objetivos se van estableciendo de forma natural y casi inconsciente. No es necesario sentarse con bolígrafo y papel ni cavilar en exceso. Ni siquiera valorar pros y contras.

El segundo día de nuestra travesía por este impresionante país, tras finalizar una gran comilona en un restaurante de noodles y haber tratado de aprender los números del uno al diez sin demasiado éxito, nos pusimos manos a la obra y buscamos un intercambio de idiomas en la página web más idónea para ello en Guangzhou (Cantón), que no era otra que gzstuff.com. Probamos con varias personas, todas ellas mujeres (ya es sabida la predilección por los idio-

mas del género femenino, más patente si cabe en China, donde hemos enseñado en clases universitarias donde no había ni un solo miembro masculino). Una de ellas, la primera, resultó ser una de esas jóvenes chinas más interesada en entablar relaciones de amor con extranjeros que en practicar un idioma. Cuando se percató de que éramos pareja, inmediatamente se le vio el plumero. Todo quedó en esa primera cita. Por suerte, a la "segunda" fue la vencida. Helen y Tiffany (sus nombres ingleses, obviamente) eran dos simpáticas chicas con las que nos encontrábamos cada sábado en el KFC del centro comercial de Guangzhou East Railway Station para llevar a cabo nuestro intercambio chino-español. Ellas no solían pedir consumición alguna durante las dos horas que duraba el encuentro, cosa bastante común aquí en restaurantes de comida rápida, como descubriríamos más tarde. De primeras nos desconcertó y no podíamos evitar sentir cierta vergüenza. A propósito de esto, recuerdo (Alberto al habla) una noche en vela en un KFC de Pekín esperando para tomar un tren al alba. Alrededor de treinta personas se encontraban durmiendo profundamente y sin consumir, con posturas inverosímiles sobre sillas y mesas. Cada quince minutos, la encargada del establecimiento tenía la importante misión de hacer palmas y gritar para evitar que aquello se convirtiera en un hotel improvisado, cuando no aumentaba el volumen de la música repentinamente hasta niveles de decibelios no soportados por el oído humano. La escena era digna de una película del estrambótico director David Lynch. En fin, típicas excen-tricidades de este país.

Una hora de español y otra de chino, siempre intentan-do utilizar el enfoque comunicativo para ser lo más prácti-cos posible. En estas tierras es típico dedicar los primeros meses de aprendizaje del mandarín únicamente a ensayar los malditos cuatro tonos, principal factor por el que mu-chos extranjeros cesan en su empeño y abandonan el estu-

dio de este apasionante idioma a las primeras de cambio para nunca más retomarlos. Repetir, repetir y repetir palabras con cada uno de los tonos. A esto se limitaba el estudio. Nosotros, de igual modo, sufrimos los quebraderos de cabeza causados por estos, sintiendo que no avanzábamos a nivel comunicativo y frustrándonos casi al límite de la indefensión aprendida. Después de reflexionar sobre ello, llegamos a un acuerdo: olvidarlos. Ya los aprenderíamos más adelante. En esos primeros momentos necesitábamos ser pragmáticos y funcionales para adaptarnos a contextos reales como comprar en el mercado, pedir en el restaurante, adquirir un billete de tren o hacer para que nos permitieran el paso en el concurrido metro de Cantón. China puede llegar a ser un lugar ciertamente hostil a la hora de llevar a cabo este tipo de labores cotidianas y aparentemente sencillas, en especial, cuando no tienes ni pajolera idea del idioma. Ellas captaron el mensaje y gracias a eso, hoy por hoy, hemos alcanzado un nivel alto de mandarín y podemos comunicarnos en la mayoría de situaciones sociales, habiendo instaurado en nuestras mentes las diferencias entre los tonos de forma natural a través de la práctica. Con Tiffany y Helen, no solo nos iniciamos en el dificultoso aprendizaje de la lengua china, sino que también nos introdujeron ciertos aspectos culturales que nos fueron de mucha utilidad en los primeros meses de inmersión. Fueron ellas las que nos hablaron sobre gestos a evitar por ser considerados faltas de respeto, trucos y estrategias para escapar de habituales aprietos en la vida diaria o las que nos acercaron a dos de los instrumentos musicales chinos por antonomasia, el Guqin y el Guzheng, cuyos melosos sonidos nos cautivaron de inmediato. Eran dos chicas de Heilongjiang, provincia norteña fronteriza con Rusia, y acababan de llegar a Guangzhou, por lo que no tenían todavía fuertes vínculos de amistad y les fuimos también de gran ayuda.

Para aquellos que tomen la difícil decisión de aprender el mandarín, nuestro consejo es tajante: no prestar atención a los tonos hasta adquirir cierta fluidez, pues no vas a dar ni una por mucho que lo intentes, ya que es necesario escuchar a nativos de forma reiterada y en ambientes reales para poder interiorizarlos. Unir palabras para formar frases sencillas y salir a la calle para ponerlas en práctica. Ese debe ser el primer cometido de todo aspirante a hablarlo. El chino, al contrario de muchas lenguas occidentales, es un idioma que se presta a ir construyendo frases agrupando palabras cual castillo de naipes, siempre que se cumplan ciertas reglas posicionales, claro está. Los tonos no los dirás correctamente, pero la gente te irá corrigiendo in situ e irás gradualmente aprendiendo de tus errores. Lo cierto es que el lenguaje de la calle es infinitamente más sencillo de dominar que el formal o académico. El último puedes llegar a dominarlo una vez hayas hecho lo propio con el primero.

Los taxistas son también buenos sparrings en el arduo camino del aprendizaje de esta lengua, además de para conocer el carácter sociable e inquieto del ciudadano chino. Son innumerables las conversaciones que hemos entablado con estos profesionales de la conducción. Hemos hablado de temas tan variopintos como los toros, las diferencias entre norte y sur de China, las desigualdades salariales, pasando por los diferentes acentos de cada provincia, el flamenco o nuestras narices puntiagudas. Sí, la nariz de Rocío ha sido tocada y acariciada por multitud de personas. En un primer momento ella se lo tomaba a mal al pensar que estaban haciendo burla, pero cuando comprendió esta faceta inocente de los asiáticos, se dio cuenta de que se trataba más bien de una expresión de asombro y sorpresa. Las narices chinas son diminutas y recuerdan a las aceitunas rellenas de anchoa, extremadamente blandas. Rocío, con su nariz típica italiana, les resulta distinta y atractiva, siendo una

experiencia sorprendente tener la ocasión de deslizar los dedos sobre su napia.

Nuestro nivel de mandarín aumentó exponencialmente y desarrollamos una intensa adicción al idioma. Veíamos series y películas chinas, estudiábamos por nuestra cuenta con diferentes recursos, conversábamos en lugares públicos con cualquiera que estuviese dispuesto (o entre nosotros mismos) e incluso marchábamos al karaoke con oriundos, atreviéndonos a cantar nuestras primeras canciones en esta lengua, ayudados, a veces, por la ingesta de chupitos de baijiu (bebida alcohólica autóctona de alta graduación fabricada a base de cereales, principalmente arroz, de fuerte graduación y horroroso sabor). Una de las experiencias imperdibles es precisamente esta: ir al KTV (karaoke) con locales. Recalcamos lo de ir con locales porque los occidentales no disfrutamos de la misma manera esta actividad. Se puede citar el caso de los españoles, para los que el karaoke es un lugar al que ir de higos a brevas cuando nos han fallado otras opciones y estamos demasiado ebrios como para seguir deambulando en búsqueda de otro pub o discoteca. Los karaokes en China, y en muchos otros países asiáticos, tienen una gran similitud con hoteles de cinco estrellas. Suelen estar ubicados en planta altas de grandes edificios iluminados que recuerdan a casinos de poblaciones como Las Vegas. Al salir del ascensor, una infinita cantidad de pasillos laberínticos, todos calcados, y un exagerado e innecesario número de empleados con indumentaria tipo botones que te dan la bienvenida, guiándote amablemente hacia la habitación que previamente has reservado. Llama la atención el lujo que rodea a estos lugares, considerando que los karaokes occidentales suelen parecer más bien bares al uso. Las habitaciones son amplias, privadas, con sofás cómodos y pantallas gigantescas. La decoración, quizás, demasiado recargada. La sensación es la de estar

en un sitio en el que, si no te apetece cantar, puedes pasarlo bien igualmente.

Los habitantes de la superpotencia asiática suelen realizar numerosas actividades en el interior de estas salas privadas, pero cantar es la más relevante y se lo toman bien en serio. Cuando uno de ellos agarra un micrófono se metamorfosea en el cantante en cuestión, lo vive dándolo todo y disfrutando cada instante mientras los demás permanecen observadores y jueces de la "performance". En ocasiones cantan en pareja o en grupo. En el caso de que haya extranjeros, se van alternando canciones en chino, inglés e incluso en otras lenguas. Nadie canta más que nadie a menos que se llegue a un punto en el que la mayoría esté ya aburrida de hacerlo. Paralelamente, se come y se bebe. Pequeñas tapas frías como los famosos cacahuetes mojados, algas variopintas y demás. En cuanto a la bebida, se comienza con cervezas, siendo las marcas Qingdao y Harbin las más populares, y se termina con chupitos de bebidas alcohólicas fuertes. Los abstemios se contentan con esos zumos de naranja azucarados que probablemente sean más perjudiciales que cualquier bebida alcohólica. Ya más adelante en la noche, se animan a jugar al divertidísimo juego de los dados. No nos detendremos en explicar las reglas, pero sí en decir lo adictivo que puede llegar a ser. Tanto que, por ejemplo, en las discotecas, sueles encontrarte a mucha más gente jugando que bailando. Si bien la inmensa mayoría de los chinos son dados a cantar, no todos lo son a bailar. Parece que, al estar el baile más asociado a lo sensual y sexual, se han mostrado siempre más reticentes a practicarlo, dada la actitud puritana y represora en lo concerniente al sexo de esta nación. Desarrollaremos este asunto de la represión emocional y sexual en posteriores capítulos.

Volviendo al karaoke, opinamos que se trata de una gran forma de diversión, pues te lo pasas en grande cantando, bailando (sí, a veces también se animan a bailar, sobre todo en grupo saltando todos juntos), conversando o jugando a juegos varios (dados, cartas, etc.) en un recinto amplio y cómodo, rodeado de tus amigos y donde tú eliges la música, evitando así los problemas que se suelen encontrar en otro tipo de establecimientos como pubs o discotecas, donde eventualmente toca aguantar al pesado borracho de turno al que ni siquiera conoces, tragarte la música que el DJ pinche (no siendo a veces la deseada) o incluso verte involucrado en una discusión o pelea que no tiene ninguna relación contigo y que termina amargándote la noche. Por añadidura, al finalizar no es necesario recoger, como sí habría que hacerlo si la fiesta aconteciera en alguna casa privada. Hay que recordar que acceder a un espacio reservado en el interior de cualquier discoteca española no es accesible al bolsillo de cualquier ciudadano, mientras que aquí los karaokes te ofrecen esa posibilidad. Normalmente se suele ir en grupo numeroso y al compartir los gastos no sale a mucho por cabeza. Cuando hay un amigo rico, es este el que tiene la costumbre de invitar a todos.

Se nos olvidaba decir lo más importante. Te ríes una barbaridad. Incluso los que cantamos mal, terminamos impregnándonos de la atmósfera y dándolo todo cual local, aunque estemos desafinando a hierro. La timidez se pierde pronto. Como dijimos anteriormente, no es un entretenimiento exclusivamente chino, sino que también es típico de otros países asiáticos como Filipinas, Indonesia, Japón o Corea del Sur. A menor desarrollo de la nación, menor lujo encontrarás. En la antigua colonia española suelen improvisarse en el patio de algún vecino o hasta en la calle, como aquel en el que acabamos participando en Dumaguete, isla de Negros. En definitiva, para aquellos reacios a pasarlo bien en el karaoke, como lo éramos nosotros en un princi-